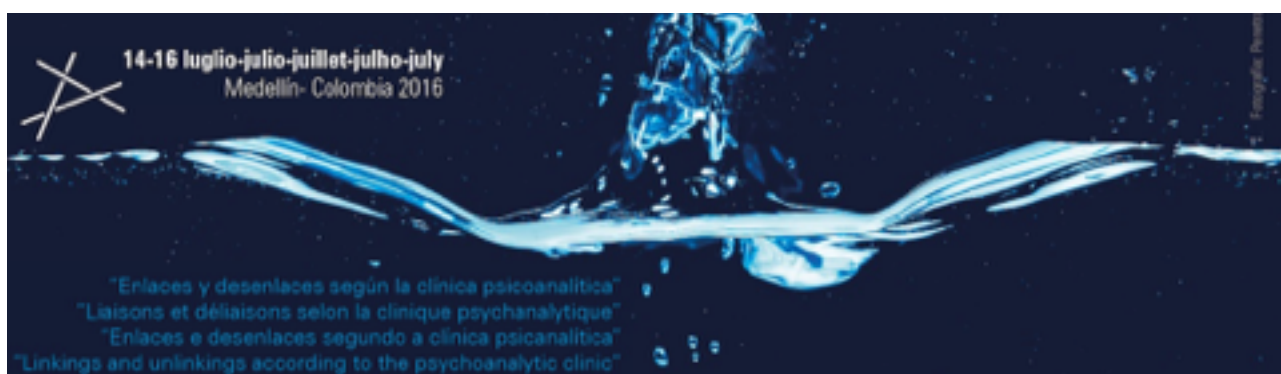


Medellín 2016 - RVI - Preludio - Marc Strauss



La desgarradura

Partamos de un desenlace particular: una desgarradura.

Mejor aún, sigamos a Lacan cuando nos habla de la desgarradura que caracteriza para él la época contemporánea, la que hay entre el saber y el poder.

Hay que entender el tono de extrema gravedad, de extrema firmeza también, con el que Lacan habla de ello el 7 de mayo de 1969 en la XIXª lección del seminario “De un Otro al otro”. El síntoma de esta desgarradura lo sufre cada uno. Freud, a partir de su propia posición, había leído sus primicias y había intentado precaverse de sus efectos subjetivos. Pero luego se volvió efectiva, y el discurso analítico debe responder a esta realidad.

Lacan evoca en esta lección los “años oscuros” a través de los cuales “intentó poner al día el discurso analítico”, y remite a los campos el momento inaugural del nuevo imperio, marcado por esta “discordancia”. Sujeto de este imperio en que se excluye poder excluirse, perseveró en su esfuerzo de sostener el discurso analítico a fin de que cumpliera su tarea de siempre, volver la existencia más vivible.

El imperio del saber ahora es sin medida, ya no hay límite a su poder. Hablar de este desenlace es pues hablar del psicoanálisis en el tiempo del discurso de la ciencia, o del discurso del capitalista, dado que es el mismo. En los antiguos imperios saber y poder formaban una sociedad de ayuda mutua, dando el aspecto de enfrentarse. El pensamiento se regalaba con sofistas de la dialéctica, no sin suponer un punto donde saber y poder es un todo. Así cada uno podía encontrar un lugar en el orden colectivo.

Cierto, siempre había un precio que pagar por llevar las insignias de su lugar, y algunas podían ser pesadas. Pagar por ser obligado ¿no es acaso la ilustración misma de la servidumbre voluntaria, el esclavo ideal, el sujeto del inconsciente? Más aún cuando nunca salen las cuentas.

Queda un equívoco: ¿se trataba de pagar por tener el derecho de llevar, o después por habérselo permitido? Derecho de entrada por un lado, castigo por el otro. Los dos de hecho: el sujeto entra en el discurso aceptando borrar lo que le singulariza porque no puede soportar su peso de real. Se le permite entonces llevar las máscaras puestas a su disposición para participar en el gran juego de los objetos intercambiados, con sus ganancias y sus pérdidas. Pero el sujeto también paga permanentemente y por anticipado el hecho de no haber hecho más que enmascarar el objeto precioso del que se supone haberse deshecho.

Podemos preguntarnos si era rentable pagar. Pero nadie podía elegir, había que mentir un poco, transmitiéndose así la deuda imprescriptible de la palabra con la promesa irrealizable de saldarla.

La desgarradura, la disyunción, la discordancia producida por el triunfo del discurso de la ciencia nos hace en adelante los sirvientes de un saber cuya voracidad no tiene freno. Puso el poder al paso, reduciéndolo al cálculo contable de la deuda, que el capital sostiene. Este último está así al servicio de un saber anónimo, que hace que los sujetos sean todos proletarios, con sus cuerpos digitalizados.

Cuando saber y poder mantenían su sociedad de asistencia el problema era el de la verdad, de la primera mentira de hecho, la del cumplimiento del uno a partir del dos. Se planteaba especialmente a partir del deseo y de su enlace con el amor por un lado, con el cuerpo por el otro. Las neurosis freudianas mostraron los sufrimientos de los amantes de la verdad en el momento en que ésta perdía toda evidencia.

Pero cuando el saber hace callar cualquier otro poder ¿qué pasa con la verdad? El sujeto sufre desde siempre la falta de una parte del saber; pero con un saber que ya no es el de nadie, ya no hay tampoco nadie que tenga a su juicio el poder de encarnarlo, y de dar así sentido a esta pérdida. Este sujeto no puede pues decir su dolor a nadie, aun cuando su soledad le adultera todos sus placeres accesibles.

Con el cálculo contable ¿qué queda por decir, de hecho, que encuentre su validez en el riesgo tomado en la palabra?

En el tiempo de todo y de todos equivalentes a unidades monetarias ¿cómo tratar de existir válidamente, es decir, mantener el tiempo por adelantado que hace falta para distinguirse, sino por el “rumor”, que sólo conserva su parte de enigma subjetivo? Llevarlo y referirlo permite así creerse en un lugar de excepción.

En el mercado del rumor ¿quiere el psicoanálisis, puede además ser apreciado?

Ciertamente el psicoanálisis no promete saber retener mejor el objeto. Incluso, al revés del discurso de la ciencia que sustituye los objetos del mercado, toma acta de su pérdida. Y el sujeto contemporáneo, que ya no está por decir la verdad, pretensión que la ciencia le prohíbe al mismo tiempo que todo equívoco,

permanece como hablase animado por un querer decir, decir otra cosa... ¿Y al fin y al cabo no es lo que ha hecho siempre, navegando con la verdad?

Así como tampoco la ciencia puede pasar de este resto de decir en cada uno, aunque lo quiera. A pesar de los fanáticos como de los enemigos de la I.A. (Inteligencia Artificial), el decir es necesario al saber para que encuentre un objeto, o sea, lo que por estructura le falta. Y como el decir sólo se sostiene si se dirige a un otro, el psicoanálisis opera en pro del enlace. Si la desgarradura es un hecho de historia, no puede prohibir a nadie hablar, e incluso entenderse en lo esencial, este dolor intratable que nos hace irremediable la castración del poder por el saber. Así el psicoanálisis no opera en pro del retorno imperialista de su alianza, sino en pro del reconocimiento del poder incalculable de una palabra singular.

Si los tiempos venideros pueden hacernos temer lo peor, no deberían entonces mermar el deseo de saber aquello cuyos síntomas somos.

Y, lectores y alumnos de Lacan, podemos transmitirnos los enfoques que éste nos ofrece, para orientarnos en una tarea que no es poca cosa. *Sicut palea* tal vez, incluso ciertamente, pero es a partir de ella que el placer aun encuentra su sentido. Por lo demás, a buen entendedor pocas palabras bastan.

Marc Strauss, 28 de marzo de 2016.

Traducido al castellano por Manel Rebollo